

En Asia y Grecia los fuertes se apoderaban de los débiles, como los leones en los desiertos de las alimañas inermes, y los mataban y los trucidaban, y los cocían ó los asaban para comérselos. Cuéntase que en Turnus puso un carnicero pública venta de carne humana. Así, no era mucho que se abriesen fosas en los campos y se acostaran las familias en sus húmedos senos, aguardando juntas la última hora de todos, como los Ugolinos, pintados por el gran poeta en los subterráneos de Pisa. Jamás la guerra produjo tantos estragos en el mundo como este terror religioso, no mencionado por aquellos que maldicen sólo del terror francés, como si la vida valiera menos en el siglo décimo que en el siglo décimo-octavo. Tras esto vinieron las Cruzadas, en los siglos undécimo y duodécimo surgidas. Fué la primera el esfuerzo más generoso de todos los esfuerzos análogos, y tuvo el ideal más espléndido. El santo Rey Godofredo la enaltece con sus oraciones y con sus obras; Jerusalén pasa del dominio de los infieles al dominio de los cristianos. Sin embargo, una gran parte de la juventud europea quedó tendida por los caminos y enterrada en los desiertos. La segunda y tercer Cruzada todavía más cruentas y más desastrosas. Los jefes no aparecen como los jefes de la primera Cruzada, ni en virtudes ni en victorias. Ricardo de Inglaterra, héroe de la tercera, no es Godofredo de Bouillon. Tomaría por un volcán asolador aquel su perturbado espíritu. Corazón de león le decían los suyos. Mataba como si tuviera en sus manos el cuchillo de la muerte, y en sus fuerzas un genio malo. Hubo cierta ocasión en que hizo miles de prisioneros durante una empeñadísima batalla; no los rescataron sus respectivos señores, y Ricardo, para no tener que sustentarlos, en un sólo día los degolló á todos. No le creían un hombre, sino uno de los dioses del odio, á quienes la Naturaleza ó la Providencia confían el horrible ministerio de la devastación y de la matanza. Siempre que se presentaba en un combate, volvía, como un jabalí, á su tienda, erizado de flechas. La segunda Cruzada fué más espantosa todavía que la primera. En las orillas del Jordán, cerca de Tiberiades, por aquellos lagos enaltecidos con las predicaciones de Cristo, sucumbió el ejército cristiano al empuje de los infieles. Allí se desbandaron las huestes piadosas, como los pajarillos al husmeo de los gavilanes; allí se rindieron los señores europeos con su Rey Lusignan al frente; allí tendieron el cuello al enemigo alfanje los templarios, exterminados por salvar la verdadera cruz, que presidía, como un lábaro, nuestros ejércitos, sosteniendo en sus esfuerzos al combatiente y consolando al mártir en sus agonías y en sus sacrificios. Los cautivos llegaron á tal número, que faltaban cuerdas para codo con codo atarlos; cayeron los gentiles-hombres en tal menosprecio, que, algún par de ellos, repartidos cual botín ó despojo entre los vencedores, fueron por un par de babuchas cambiados; Reinaldo, general, murió á manos del propio Saladino, que afiló para descabezarlo su más acerada cuchilla; desde la ciudad, cuyas piedras el sermón de la Montaña oyeran, hasta la célebre aldea, cuyas paredes presenciaran el regocijo de los pastores y de los magos en la Natividad del Señor, todas sucumbieron de nuevo al infiel y entra-

ron en los harenes musulmanes; cayó cautiva Jerusalén y pagaron rescate los sucesores de Godofredo; la cruz áurea, que remataba el santo Sepulcro, rodó por los suelos, como un objeto infame, las iglesias, que resonaban á una con el *Miserere* de David, oyeron el cántico sensual de los musulmes; salió el pueblo católico, cual en otro tiempo el pueblo judío, al cautiverio, llevando los sacerdotes sus cálices y sus reliquias en las manos, los jóvenes sus abuelos en hombros, las madres sus criaturas en brazos; todos desolados y heridos por una desesperación, por un dolor sin ejemplo; en el mismo aire se mezclaron y confundieron los lamentos del vencido, que no sabía dónde guarecerse, y los hosannas del vencedor, que vertía en la Mezquita de Omar, creyendo así purificarla, bien olientes aguas de rosa traídas adrede de Damasco y colocaba los Koranes en los atriles, llenando la ciudad de Dios con irreverentes himnos al implacable Alah y á su profeta, victoriosos y establecidos en aquellos santuarios para tormento de los cristianos de Asia y horror de los cristianos de Europa, ó fugitivos ó esclavos, todos irredimibles, como no fuera por un supremo esfuerzo y por un holocausto cruentísimo. La noticia del desastre de Jerusalén tuvo alas, como todas las noticias adversas. La pena y el terror adquirieron proporciones en el mundo europeo inenarrables. El papa Urbano IV murió de repente al saberla. Y la cuarta Cruzada no se quedó atrás de los precedentes en desgracias y en horrores. Los combates en ella no fueron tantos entre fieles é infieles como entre los fieles mismos. El Dux Dándolo, en vez de conquistar Palestina para el Catolicismo, conquistó Dalmacia para sí. No entró en Jerusalén; mas entró en Bizancio. Un imperio latino reemplazó al imperio griego de Constantinopla, mientras los mahometanos continuaban profanando el santo sepulcro en Jerusalén. No pueden describirse todas las injurias que los soldados de la cuarta Cruzada infirieron á la Reina del Bósforo y todos los males que le causaron. Los marineros venecianos fueron atrevidos y osados hasta desceñir al Emperador de su diadema de pedrería y ceñirle una gorra de pelo. Después de tal desacato se imponía el destronamiento de todos los Comnenos en todas sus ramas y familias. Pero este destronamiento no podía consumarse de modo alguno sin que ardiera Constantinopla y se ensangrentaran sus espacios y se robasen sus iglesias y se profanaran sus altares y se llevase la orgía cruentísima del desorden hasta la paz de los muertos y el silencio de las tumbas, también removidas, también violadas. La primera cruzada fué religiosa, la segunda feudal, caballeresca y monárquica la tercera, la cuarta mercantil. Marcharon los venecianos á combatir; no hicieron más que comprar ó vender. La quinta, de más felices apariencias, dió de sí más infelices resultados. Promovíanla todos los impulsos de las ideas cristianas y no concluían los Reyes de organizarla. En esto se congregan, por esos milagros propios á la Edad Media, edad henchida de fe muy exaltada, nada menos que cincuenta mil muchachos, los cuales echan á correr, comoavecillas escapadas de sus nidos, hacia Jerusalén, tomando por todo guía un extraño y confusísimo afecto producido por la idea del deber que tienen de marchar siempre hacia

Oriente á buscar y requerir Asia. Decíanles, para detenerlos, que les aguardaba una sequía por cuyos extragos evaporaríanse hasta las aguas del Mediterráneo; mas ellos, cada día con mayor exaltación, libraban en Dios y en su obra todos sus favorables éxitos. Al fin, fueron pereciendo de cansancio en el camino veinte mil, y los treinta mil restantes quedaron so el poder de los bandidos y de los piratas, quienes vendieronlos á vil precio, y llenaron de tales infelices los bazares, las factorías y las ferias de los esclavos en Asia. Y todo ¿para qué? Para que Jerusalén se reconquistara un momento á mano de un Emperador maldecido por los Papas y cayera en segnidada entre irrupciones atroces y tormentos indecibles bajo el poder de los mongoles, parecidos á seres fantaseados, según lo estrecho de sus cráneos, lo pequeño de sus retinas, lo extraño de sus cabalgaduras semejantes á ratas, y lo feroz de sus instintos compendiados en estas dos palabras: muerte y destrucción. Quiso detenerlos el bueno de San Luis, para lo cual marchó á Chipre desde Francia y á Egipto desde Chipre. En esta peregrinación se desarrolló la última Cruzada, y en este desarrollo superaron las calamidades á todas las anteriores. El suelo que recorrían los cruzados estaba todo cubierto de lozadales, amontonados por las inundaciones del Nilo, mal embebidas de aquellos desiertos arenales; el paso era, pues, difícil, y la marcha lenta. Los cuerpos se hundían hasta la cintura en el barro y las cabezas se abrasaban al calor de los fuegos despedidos por la mano del sarraceno furioso. Al frente de Mansura, la vanguardia, mandada por un Roberto de Artois, lanzóse á entrar por las puertas que vió francas; y entró, con efecto, mas para morir toda entera, degollada por los árabes. Cuando el Rey, que amaba tiernamente á Roberto, su hermano menor, supo tan triste fin, lejos de afligirse, confórmose con los decretos de la Providencia, recordando cómo el mártir acababa de subir al Empíreo desde la tierra en un solo vuelo. Pero las enfermedades cayeron sobre aquel piadoso ejército con más furia todavía que los alfanges. Y no tuvo San Luis otro remedio sino retirarse del Egipto y retroceder para ello desde Damietta, donde había llegado, á las playas del embarque. En esta retirada dejó tantos compañeros en poder de los mulsumanes, que los mataban éstos á millares, pretextando, en excusa de tal barbaridad, no poder sustentarlos. Y prisionero, cautivo de los infieles, cayó también el Santo Rey de Francia. Una pobre nave le sirvió de prisión y una fuerte suma de rescate. Sin embargo, doce mil prisioneros, más muertos que vivos, quedaron en rehenes. San Luis, naturaleza, no tanto de verdadero héroe como de verdadero mártir, naciera con profundo menosprecio á la muerte, afecto natural en su alma, y aumentado por la residencia en Egipto, tierra de los muertos. Y, llevado de este afecto, volvió al suelo de sus desgracias después de haber agotado cuantos recursos en hombres y en dinero guardaba su reino. Pero solo fué á morir sobre las ruinas donde habían muerto tantos latinos ilustres, sobre las ruinas de Cartago. San Luis muere como un penitente, no como un monarca. La fiebre le mata y no las armas. Extendidos los brazos en cruz, hincadas las ro-

dillas en tierra; oyendo los salmos de David que murmura el clero; con el cilicio y el sayal pegados, no á las carnes ya consumidas, á la piel ardiente y á los huesos calcinados, expira murmurando entre dientes: «¡Jerusalén, Jerusalén!» ¿Exceden ó no los horrores de las Cruzadas á los horrores de la revolución?

Pues no fueron menores que los males traídos por las Cruzadas los males traídos por las Investiduras. Pascual II, Papa, las quería para sí, en virtud de su carácter moral y religioso; Enrique V, se las negaba en virtud de regalías laicas y civiles retenidas por los príncipes católicos, príncipes también de las clerecias y patronos de las Iglesias. Entonces Pascual expresó una idea, prematura, como todas las ideas avanzadas que amanecen demasiado pronto en cualquier período de la Historia, pero justa de toda justicia y legítima de toda legitimidad. Separó con matemática exactitud y extremo cuidado la esfera del poder temporal y la esfera del poder espiritual. Designó en enumeración prolija las facultades correspondientes al uno y las facultades correspondientes al otro de los dos poderes. Y prometió restituir al Imperio su autoridad civil con todas las regalías acaparadas por el poder pontificio desde los tiempos del César Carlo-Magno, á cambio de que respetase también el poder civil en absoluto la investidura religiosa y la jurisdicción espiritual. Enrique V alcanzó la transcendencia de todas estas proposiciones; y asintió á ellas de grado sin dificultad ninguna. Por primera vez en la Edad Media se trazaba una línea divisoria entre los dos polos de la sociedad cristiana y se devolvía su respectivo carácter á cada uno, encerrados los dos dentro de sus naturales y sendos límites. Era el undécimo año de la duodécima centuria, cuando este gran pacto, entonces imposible, pero en los tiempos maduros de la Cristiandad, tiempos aún por venir, muy realizable, se firmó entre Pontífice y Emperador. Este reconoció los derechos todos de la Iglesia; desligó á los prelados de toda sumisión á lo temporal en aquello perteneciente á la parte íntegra de su autoridad religiosa; divirtió la jurisdicción política de toda mezcla en la jurisdicción moral; y dejó el pontificado como una estrella en los cielos que le correspondían por su naturaleza propia y su ministerio histórico, mientras el pontificado, convencido de que no cuadraba por ningún modo á su autoridad canónica, el poder civil ó político, renunciaba por completo al gobierno de las ciudades y pueblos, al acaparamiento de los condados y marquesados feudales, á la facultad de batir moneda y alistar tropas, á toda jurisdicción material. Pocas veces habría visto la Historia en tiempos tan atrasados progresos tan evidentes. Pocas veces una sentencia moral se habría cumplido como se cumplía por aquel concordato la sentencia evangélica de dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Pocas veces un ideal tan luminoso ha brillado durante todo el curso y transmutación de las edades; arriba, en las cumbres sociales, el poder intelectual y moral, con su puro sacerdocio, inmaculado cual angélica gerarquía, libre de todo contacto con lo terreno; sin mácula de barro, ni sombra de pecado; con el encargo de mantener sobre los alta-

res aquella cumbre de lo ideal, que buscan las almas en sus vuelos místicos y con el fin de levantar la conciencia resplandeciente á lo infinito; mientras, abajo, en la realidad, en esos dominios inferiores, el poder civil, de toda tutela emancipado y libre; con la plenitud entera de sus derechos propios; inspirado por su propia conciencia y propio pensamiento en todo lo político, pero dueño de cuantas prerrogativas le disputaba el poder eclesiástico, todas ellas tan divididas de las teocracias, como de las autocracias, y por consiguiente idóneas para procurar el mayor de todos los bienes, la inapreciable libertad. Concluidas las negociaciones y puestas al pie las firmas del Papa y del Emperador, entró en Roma Enrique V á tomar la investidura y corona del Imperio, pura ceremonia, teniendo como tenia de antemano en sí el poder imperial. Todo parecía señalar una era de paz, tanto para los Pontífices, como para los Emperadores, cuando volvieron á romper los dos poderes en abiertas pugnas antes de la coronación. El Papa se negó á la ceremonia por no creer al Emperador muy decidido á llenar sus obligaciones; y el Emperador apresó al Papa por medio de sus guardias imperiales, con desconocimiento de la majestad superior que acababa de reconocerle y con grandísimo desacato á su persona. Las escenas perdurables de los siglos medios en Roma, se reprodujeron y agravaron. El pueblo romano corrió á las armas en defensa de su Pontífice; y el ejército alemán sintió avivarse las cóleras de Arminio contra Roma en sus entrañas. Un elemento asolador más, de los usuales entonces, cayó sobre la Ciudad Eterna; y una crueldad nueva se ensañó en sus preclaros hijos y en sus eternos monumentos, el odio eterno germánico. Enrique dejó á Roma entregada tristemente á su dolor y se llevó cautivo al Pontífice Pascual, encerrándole allá en los olvidaderos ó abismos de las fortalezas, como se puede á un muerto enterrar, donde no tuvo el indigno carcelero ni veneración á su autoridad, ni respeto á su persona. De aquí el combate furioso por las investiduras y tras el combate furioso entre Federico Barbarroja y las ciudades italianas por su respectivo predominio, y tras el combate de las ciudades con Federico, el eterno combate horroroso, entre gibelinos y güelfos. Destrozaron estos últimos á Europa, y nadie sabe su origen histórico y nadie la significación de los hombres que tomaran entre los ciclones de sus odios. Los estragos, por ellos producidos, están presentes en todas las memorias, donde los grabara la mano titánica del Dante con su buril enrojecido en las llamas del infierno. ¿De dónde provenían los güelfos y los gibelinos? ¿Cuál de los demonios, y en cuál de las brujas habíalos engendrado? El Papa Gregorio X, deciales á los magistrados de Florencia, «todos cuanto dicen güelfo y gibelino ¡ah! no saben lo que dicen». Ferrari copia en sus admirables historias de las revoluciones italianas, los diversos orígenes dados por las poesías y las crónicas á estos dos partidos. Parece imposible pueda la imaginación inventar tanto y creer tanto la crédulidad. El cronista Stella interroga con furor á los tiempos pasados para que le digan el día nefasto, en cuyas siniestras horas cayeron sobre Italia estas dos horrorosas plagas. ¿Quién podía responder á ciencia cier-

ta? El gran Mateo Villani se contentará con juegos de palabra; el biógrafo de Rienzi, dirá con suma gravedad que dos perros, llamado Gibelino el uno, y el otro llamado Güelfo, ladrándose y mordiéndose por las calles de Florencia, dieron á los dos partidos nombre; Malespina contará que, no dos perros, dos hadas aparecidas en siniestra noche de Sábado á una de las misas infernales, por el genio malo celebradas, en punto de media noche, sembraron sobre Italia los furores que asaltan y dementan y enfurecen y enrabian á los pueblos hidrófobos; otro historiador sostiene que, no dos hadas, dos demonios, los cuales se apoderaron de dos espadas, caídas de las manos del Papa y del Emperador, y las esgrimieron en sendas porfías con cólera infernal, deben reputarse autores de tales daños; Juan Villani ve dos gemelos, especie de dioses, como aquellos de las teogonías dualistas, inflando los carrillos para soplar en las trompetas, cuyos ecos esparcen iras inextinguibles sobre los encendidos corazones; el mayor número, entre los cronistas, asegura que los dos hermanos, en luchas entre sí mismos, desde las entrañas de su madre, sometieron sus porfías al Emperador y al Papa, y que dió la razón aquel á Güelfo y éste á Gibelino, por lo cual desatáronse desde los aires sobre los suelos todas las tenaces guerras, que, so pretexto y motivos diversos, estallaron á una misma hora en todas las ciudades, como en Ferrara por la Massedela, como en Florencia por el Boudelmonte, hasta encender toda Italia y por Italia pegar fuego á Europa entera. ¿No creería encontrarse uno al ver esto, en la Revolución francesa?

Fundación del Imperio, fundación del Pontificado, venida de los germanos, divisiones entre los Césares de Bizancio y los Césares de Roma, establecimiento por los Carlovingios del poder temporal de los Pontífices, lucha entre todos estos durante la centuria décima y los Othones, apogeo del Pontificado, conflicto de las investiduras, liga lombarda y Federico Barbarroja, güelfos y gibelinos; todo ha costado mares á Europa de lágrimas y sangre. Pues ¿y la manera de combatir las herejías? Acordaos del combate con los albigenses. A la cabeza de todo este movimiento se hallaba por el Mediodía de Francia, durante la décima-tercia centuria, un hombre, Raimundo VI, de Provenza, quien, exhibiendo la lista de sus títulos, exhibía las razones potísimas de su influencia. Llamábase duque de Narbona, marqués de Provenza, conde de Tolosa; y llamándose así, demostraba bien á las claras el influjo que podía tener quien dominaba en tierras de tanta cultura intelectual y de tan admirable posición geográfica; escuelas de los sabios, cortes de los trovadores, puertos de todas las naves del mundo, descansos de las caravanas judías, regiones pegadas á Cataluña, como si las dos, ésta y Provenza, representaran los órganos pares de la civilización universal; en comunicación perpetua con Italia, á la cual se asemeja por sus cielos bañados de luz y sus costas recortadas en admirables líneas; influyentes y poderosas sobre Francia, de la que eran el jardín, el templo y la academia; teatros aparejados, no sólo á las canciones y al amor, sino también al pensamiento y á sus legendarios combates. Innece-